



Busca artistas, galerías, exposiciones, premios, obras...

Buscar

Bienal de Liubliana: El misterioso oráculo del arte

ACTUALIDAD 17 JUN DE 2025

POR MARISOL SALANOVA



Obra de Saelia Aparicio como parte de la 36ª Bienal de Artes Gráficas de Liubliana, Eslovenia.

Fotografía por y cortesía de la autora

La 36ª Bienal de Artes Gráficas de Liubliana, comisariada por Chus Martínez, reúne a 25 artistas internacionales en una cita que se extiende de junio a octubre de 2025. Marisol Salanova recorre esta edición, un proyecto que reclama la imaginación como brújula colectiva.

Hace falta coraje para construir una bienal que rehúya el impacto inmediato y se levante desde la delicadeza de la escucha. Lejos del estruendo

institucional y el reclamo numérico, la 36ª Bienal de Artes Gráficas de Liubliana traza un recorrido distinto, uno que restituye el valor íntimo de soñar colectivamente. Bajo el título *The Oracle: On Fantasy and Freedom*, esta edición no promete certezas, pero lanza preguntas que abren grietas en nuestra manera de ver y sentir. Un oráculo que no vaticina, sino que exige presencia y apertura a lo aún indeterminado.

La dirección artística está a cargo de Chus Martínez, figura singular en el panorama europeo, con formación en filosofía y una mirada ética, política y poética. Su propuesta evita el artificio y la grandilocuencia, por lo que desmonta la lógica del exceso que suele definir los grandes eventos. Martínez no erige un marco cerrado, sino un clima de confianza que permite que las obras hablen desde su propia vibración y conversa con los artistas con un loable rigor curatorial.

Se respira en la muestra una voluntad de un cuidado tangible. Cuidar los tiempos, las distancias, los gestos, la mirada. En esta Bienal la palabra no informa, convoca. Ese espíritu de atención permea el discurso y también los espacios expositivos, preparados con la colaboración de la arquitecta Olga Subirós. Su planteamiento evita jerarquías y exhibicionismos. No hay flujos obligatorios ni zonas dominantes. La arquitectura acompaña, respira, permite el vagar sosegado hasta dejar que las obras se contagien suavemente unas de otras.



Cartel de la 36ª Bienal de Artes Gráficas de Liubliana, Eslovenia. Fotografía por y cortesía de la autora

Semejante paisaje de escucha vecina propuestas que habitan lo sensible y lo resistente. Entre ellas, las piezas de Silvan Omerzu —escultor, titiritero y

director escénico nacido en Brestanica en 1955 y residente en Liubliana— que despliega marionetas y autómatas suspendidos entre movimiento y quietud, en cierta penumbra que contrasta, una sala más allá, con el calor hiperluminoso de *Island in the Sun* (2025) de Derek Tumala, artista filipino nacido en Manila en 1986. Su instalación reúne seis esculturas lumínicas hechas de papel, metal y LED, junto a un vídeo circular de tres minutos en bucle. No retrata el sol; lo encarna como herida abierta y urgencia política.

El calor que quema es una experiencia personal y global. En Filipinas, la crisis climática no es abstracción. Tumala la traduce en sensaciones térmicas que desactivan la voluntad y suspenden el tiempo. Sus esculturas aluden tanto a la superficie solar como al núcleo terrestre, recordándonos lo que se desgarrar bajo nuestros pies. Invoca también al dios Apolaki, guerrero solar de la mitología filipina, y retoma ese poder ancestral convertido ahora en advertencia. Producida por TBA21 – Thyssen-Bornemisza Art Contemporary, la obra irradia como luminaria inquietante que deslumbrando nos advierte.

En paralelo al calor y la penumbra surge la ternura transformadora de Eduardo Navarro, artista argentino nacido en Buenos Aires en 1979 y residente entre Chile y Uruguay, con su proyecto *F.O.C.A (Foundation for the Oceanic Contemplation of Affection)* (2022-2025). Navarro se ofrece para alimentar crías de lobo marino huérfanas en Uruguay, vistiendo un traje que lo convierte en una figura materna que ignora jerarquías entre especies.

La obra documenta el proyecto y hay una imagen que lo capta en una superficie arenosa, envuelto en un traje pardo, alimentando con biberón a pequeños lobos marinos que le rodean con naturalidad. Nada teatral, nada escenográfico. Pero sí profundamente político: su cuerpo se disuelve en el paisaje, se convierte en transmisor de una empatía radical, en forma de conocimiento afectivo. F.O.C.A es gesto, dispositivo, acción poética, pues invita a disolver distancias ontológicas entre especies, a ser parte del mar sin aspirar a dominarlo. Es una apuesta por la ternura como herramienta política.



Chuz Martínez, curadora de la 36ª Bienal de Artes Gráficas de Liubliana. Fotografía por y cortesía de la autora

Navarro imagina que esas crías, al regresar al océano, contarán su historia a otras criaturas. Esa fantasía es una forma de ética porque ya no se trata de explicar al otro, sino de transformarse con el otro. Su obra es el deseo de habitar el mundo junto a lo no humano, en una armonía casi utópica. Posiblemente el trabajo que más entronca con el concepto de fantasía útil para lo comunitario.

La bienal abarca, además, tres premios en función de la originalidad, coherencia y calidad de los trabajos: el primero ha sido para Noor Abed, la artista palestina cuya obra —un collage de imágenes, dibujos y movimiento— explora cómo el cuerpo encarna resistencia. Sus bocetos trazan un palillo de madera que danza en silencio, una vibración contenida por lo colectivo. Abed no expone la tragedia, la habita con ternura. Su firmeza queda en la forma fragmentaria y retorcida de su narrativa sin palabra. El galardón conlleva exponer al año siguiente, facilitándole que desarrolle la línea del proyecto, produciendo más obras.

El segundo premio es una residencia artística para Gabi Dao, joven artista canadiense afincada en Róterdam. Su práctica integra sonido, escultura y archivo en estructuras que laten y que no se cierran, ya que huye de las categorías. El arte es para ella un lugar suspendido entre pregunta y respuesta. No consume certezas. En él persiste la apertura, la duda como motor y cuidado a la vez.

La mención honorífica recae en María Arnal Dimas, artista española que parte de su trayectoria musical para ampliar la experiencia sonora. Su

comenta: «La obra se decidió en discusión con la comisaria y el encaje que tenía para su proyecto de la bienal. Para mí significa una oportunidad fantástica porque poder realizar obras de esta envergadura es muy complicado fuera de este tipo de manifestaciones».

Cabe señalar que el sonido no queda relegado a la imagen. Nicole L'Huillier, chilena investigadora en neuroacústica, activa el espacio con vibraciones que atraviesan el cuerpo. No se escucha; se siente. En su instalación el sonido constriñe la percepción visual y genera un campo de presencia compartida.

También se percibe tal presencia en la obra de la artista española Saelia Aparicio, afincada en Londres desde hace más de una década. Sus esculturas y murales portan formas híbridas que recuerdan estrellas, rostros o refugios blandos. Lo biológico se cruza con lo arquitectónico. En sus criaturas brota un futuro donde lo mutable es sabiduría, recuerdo y fusión con la naturaleza.

La memoria de la investigadora eslovena Vesna Petrešin, fallecida recientemente, atraviesa el proyecto con una presencia duradera. Se le ha dedicado la actual edición en la que, de hecho, participa con obra artística que su padre ayudó a culminar. El homenaje no es un gesto retórico, sino un cuerpo de ideas que sobrevive a su ausencia. Martínez lo expresó con emoción creciente durante la inauguración de la Bienal, demostrando que la fragilidad puede ser también una forma de lucidez.



Obra de Kathrin Siegrist como parte de la 36ª Bienal de Artes Gráficas de Liubliana, Eslovenia. Fotografía por y cortesía de la autora

Tal vez por eso el conjunto de obras participantes, con la variedad de procedencias y perfiles artísticos, tiene un halo de refugio compartido. En una zona al aire libre del Parque Tivoli se alza la instalación más acogedora de la suiza Kathrin Siegrist. Una serie de telas de paracaídas de emergencia en conflictos bélicos han sido recuperadas, teñidas y reconvertidas en hermosos cortavientos a modo de pérgola que protege del sol, de la lluvia y llama a reunirse. Su trabajo sugiere que lo efímero puede también sostener, que lo vulnerable puede ofrecer refugio, y que la memoria y la imaginación pueden habitar la materia descartada.

Un dato curioso que explica, en gran medida, el éxito de este evento se aprecia en la capacidad de su directora como anfitriona, que tiene unos valores muy concretos. No en vano, la novela favorita de Chus Martínez es *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain. Ese viaje cotidiano por el Misisipi, esa alianza horizontal entre dos seres que dialogan a pesar de las jerarquías, sirve de metáfora curatorial. No hay guía estricta que dicte el relato; solo hay deriva, conversación, compañerismo y urgencia de imaginar formas más justas de una vida en común.

La Bienal no se cierra en ninguna sala, ni tiene un recorrido forzoso. Durante meses, en MGLC Grad Tivoli, Švicarija y Moderna Galerija, se suceden talleres, performances, conciertos y lecturas que extienden su pulso creativo. Cada trayecto entre sedes es parte del rito de pasear, digerir lo visto, conversar con los otros o llevar a cabo un ejercicio de introspección. Cada paso es parte de la lectura y eso se siente cuando se está allí.

El desafío que lanza a la comunidad artística en particular y a la ciudadanía en general es poderoso: ¿cómo seguir imaginando el mundo juntos? Aquí el arte invita a la escucha. Lo sentimos. Nos atraviesa como la chispa más auténtica de lo posible. Porque permite que fantaseemos de forma colectiva sobre un futuro mejor.
